

La sociedad argentina hoy
Radiografía de una nueva estructura

LA SOCIEDAD ARGENTINA HOY

radiografía de una nueva estructura

gabriel kessler
(compilador)

siglo xxi editores, méxico

CEPRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310 MÉXICO, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

siglo xxi editores, argentina

GUATEMALA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

anthropos

LEPANT 241, 243 08013 BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

Kessler, Gabriel

La sociedad argentina hoy: radiografía de una nueva estructura.-
1ª ed.- Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2016.
320 p.; 23x16 cm.

ISBN 978-987-629-626-7

1. Sociología. I. Kessler, Gabriel, comp. II. Título.
CDD 301

© 2016, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

Diseño de cubierta: Eugenia Lardiés

ISBN 978-987-629-626-7

Impreso en Arcángel Maggio - División Libros // Lafayette 1695,
Buenos Aires, en el mes de mayo de 2016

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina // Made in Argentina

Índice

Introducción	9
---------------------	---

PARTE I

ESTRUCTURA DEMOGRÁFICA, SISTEMA URBANO Y RURAL

1. La población y la estructura social	37
<i>Georgina Binstock</i>	
<i>Marcela Cerrutti</i>	
2. El sistema urbano y la metropolización	61
<i>Marie-France Prévôt-Schapira</i>	
<i>Sébastien Velut</i>	
3. Los cambios en la estructura social agraria argentina	85
<i>Adriana Chazarreta</i>	
<i>Germán Rosati</i>	

PARTE II

LAS CLASES SOCIALES

4. La estructura de clases argentina durante la década 2003-2013	111
<i>Gabriela Benza</i>	
5. Los sectores populares	141
<i>Pablo Semán</i>	
<i>Cecilia Ferraudi Curto</i>	

- 6. La formación y la actualidad de la clase media argentina** 163
Ruth Sautu
- 7. Las clases altas y la experiencia del mercado** 185
Mariana Heredia

PARTE III

CONSUMO, CONFLICTO SOCIAL Y DISCRIMINACIÓN:
UNA MIRADA DESDE LA ESTRUCTURA

- 8. Salir a comprar. El consumo y la estructura social en la Argentina reciente** 209
Carla del Cueto
Mariana Luzzi
- 9. La estructura social y la movilización. Conflictos políticos y demandas sociales** 233
Sebastián Pereyra
- 10. La discriminación, la diversidad social y la estructura en la Argentina** 257
Mario Pecheny
- Bibliografía** 281
- Los autores** 317

Introducción

Este trabajo es el tercero de una serie creada por la Fundación OSDE. Los volúmenes previos hacían foco en otros dos temas de actualidad: la educación y la cultura argentinas, respectivamente. Este libro, en cambio, se pregunta cómo describir, comprender y explicar el presente de nuestra estructura social. Responder a ese interrogante exige una serie de definiciones previas. En primer lugar, sobre la demarcación temporal. Nos referimos a la “sociedad de hoy” para dar cuenta de aquella que, por convención heurística, llamaremos “posneoliberal” y que se extiende desde el ciclo político que comienza en 2003 hasta hoy.

La noción de “convención heurística” nos será de utilidad para interrogarnos sobre los cambios y continuidades que se registraron en cada una de las dimensiones aquí abordadas respecto del período anterior, caracterizado como neoliberal. Así, una primera cuestión es qué cambió y qué perdura de las décadas previas; a esto se suma una pregunta en relación con América Latina: cuáles son los puntos en común y cuáles las particularidades entre lo que sucede en nuestro país y ciertas tendencias generales de la región en su conjunto o, al menos, en algunas zonas. Ambos interrogantes están vinculados y no podría ser de otro modo: así como toda la región experimentó un período neoliberal, también un sector importante conoció el denominado “posneoliberalismo”. Al fin y al cabo, entre 2000 y 2010, alrededor de once países tuvieron algún gobierno que podría considerarse de centroizquierda o de izquierda.¹

Para responder al interrogante que atraviesa este libro, es necesario establecer qué se entiende por sociedad argentina. Las posibilidades de abordaje son muy variadas. En nuestro caso, lo hacemos siguiendo la tra-

¹ En efecto, en la Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, República Dominicana, Ecuador, El Salvador, Nicaragua, Paraguay, Uruguay y Venezuela, según la categorización de Roberts (2012: 15), triunfaron gobiernos con esas características.

dición de estudios sobre la estructura social, pero incorporando dimensiones que no se suelen considerar en los análisis clásicos. Desde nuestra visión, la estructura social se define por los elementos centrales (individuos, grupos, instituciones) de una sociedad y las relaciones entre ellos. En particular, hacemos referencia a la estructura de clases, la estructura demográfica y la configuración urbana y rural de la sociedad. Pero, como recién mencionamos, quisimos sumar otros interrogantes para pensar sus vínculos con la estructura social. Y optamos por plantear su relación con el consumo, con la conflictividad social y con la problemática de la discriminación y la diversidad.

También es necesario definir el alcance geográfico: los capítulos aquí reunidos están particularmente atentos a la variedad de situaciones del conjunto del país. Describir la sociedad argentina exige dar cuenta de las tendencias generales dentro de los datos de las diversas regiones y provincias que componen la Argentina. De manera que se trata de presentar, a la vez, tanto las diferencias entre sus distintos territorios como los puntos en común.

A partir de estas definiciones, se dividió el volumen en tres partes. En la primera, Georgina Binstock y Marcela Cerrutti abordan la estructura demográfica; Marie-France Prévôt-Schapira y Sébastien Velut, la configuración urbana; y Adriana Chazarreta y Germán Rosati, la estructura social rural. La segunda sección se centra en la estructura de clases. Retomando la tradición de los estudios de Gino Germani y Susana Torrado, Gabriela Benza construye un cuadro de la estructura de clases en la década que comienza en 2003. A continuación, tres trabajos observan en detalle y desde perspectivas particulares cada una de las clases: Pablo Semán y Cecilia Ferraudi Curto se concentran en los sectores populares; Ruth Sautu, en las clases medias, y Mariana Heredia aborda los sectores sociales altos. La tercera parte del libro introduce nuevos debates: Carla del Cueto y Mariana Luzzi analizan la cuestión del consumo y la estructura social, mientras que Sebastián Pereyra se interroga sobre la conflictividad social y sus diferencias por clase. El libro cierra con un artículo de Mario Pecheny, que propone considerar en forma estructural las cuestiones de la discriminación y la diversidad.

Cada una de las temáticas tratadas en este libro tiene su propia historia, fue objeto de discusiones y de una particular caracterización surgida de su pasado. Por otra parte, el arco temporal contemplado en cada caso no necesariamente es el mismo: los procesos demográficos, de migración rural-urbana o de configuración urbana no se desarrollan al ritmo que marcan los puntos de inflexión de los ciclos políticos. Los cambios por lo general

se suceden en un arco más amplio que estos últimos o bien se encuentran mediados por otros procesos, a diferencia de lo que ocurre, por ejemplo, con las clases sociales, más sensibles a los cambios socioeconómicos. Las transformaciones en los valores y acciones de una sociedad respecto de la diversidad y la discriminación también pueden verse influenciadas por procesos políticos, pero no están forzosamente ligadas a esos puntos de inflexión. Así las cosas, cada temática tiene a menudo hitos de comparación y puntos temporales de partida distintos.

Como es evidente por la tradición en que se inscribe esta obra, la mirada sobre las clases sociales resulta central. Uno de sus objetivos reside en que el cuadro de las clases actuales pueda cotejarse a contraluz con las miradas sobre la estructura social del pasado. Y para lograrlo, se respetan decisiones metodológicas de los trabajos previos, a fin de establecer comparaciones posibles. Si un punto obligado para hablar de la sociedad argentina de hoy es nuestro pasado, también quisiéramos introducir el del presente de la sociedad latinoamericana: la situación regional en relación tanto con tendencias generales en las distintas dimensiones, como con los ejes de discusión sobre los temas abordados aquí.

En las páginas que siguen introducimos algunos de los ejes que recorren los trabajos aquí reunidos y precisamos algunos de sus hallazgos en relación con tendencias o debates latinoamericanos actuales. Confiamos en que, con este doble punto de mira (la sociedad argentina previa y la sociedad latinoamericana actual), las y los lectores podrán componer su propio cuadro de la sociedad argentina de hoy.²

TENDENCIAS DEMOGRÁFICAS, URBANAS Y RURALES

¿Cuáles son las principales tendencias demográficas en América Latina? ¿Cómo se ubica la Argentina respecto de ellas? En términos generales, hay coincidencia en algunos procesos comunes. En primer lugar, una

2 El objetivo de esta introducción es dar cuenta de los debates generales, cada uno de los cuales tiene una extensa bibliografía en la región. Para que el texto no pierda fluidez, nos remitimos puntualmente a aquellos trabajos de los que tomamos ciertos datos o conceptos específicos. Respecto de las discusiones e investigaciones locales, también las citamos sólo cuando brindamos referencias precisas, puesto que los debates y antecedentes de cada tema aparecen en los capítulos correspondientes.

intensa urbanización que llevó a que la región sea hoy la más urbanizada del mundo en desarrollo. Lo que clásicamente, durante gran parte del siglo XX, consistió en una migración rural-urbana, en las últimas décadas se reconfiguró en dos movimientos de creciente importancia: urbano-urbano y de circulación dentro de las crecientes megalópolis de la región (Cerrutti y Bertoncetto, 2006). Tal cambio implicó, como afirman estos autores, una transformación en el perfil de migrantes. Ya no se trata necesariamente de uno con menos formación o con nivel socioeconómico más bajo que el habitante establecido; el suyo es en gran medida similar al de la población ya residente.

En segundo lugar, en América Latina se dio en forma paralela, desde los años cincuenta, un aumento de la esperanza de vida y una disminución de la fecundidad. Ambos procesos ocurrieron de modo articulado y contribuyeron a la reconfiguración de la estructura social. Respecto del primer aspecto, la región tuvo un aumento sorprendente: de 52 años a mediados de los cincuenta, a unos 73,4 en 2015 (Saad, 2009). Este incremento sitúa la región casi a la par de los países europeos, aunque hay, claro está, diferencias por países y, sobre todo, entre clases sociales dentro de cada uno. En cuanto a la fecundidad, se produjo una disminución constante desde los años sesenta en adelante: de 5,9 hijos por mujer en la década de 1950, se pasó a unos 2,4 en la actualidad. Se espera asimismo que continúe descendiendo hasta llegar a un nivel próximo al de reemplazo (la fecundidad mínima para que una población cerrada –esto es, sin contar las migraciones– se mantenga en el tiempo), o sea, en torno a 2,1 hijos por mujer.

¿Cuáles son las consecuencias de estos procesos en la actualidad? En particular, dos. El primero, la disminución de la fecundidad redundó en una caída de la tasa de dependencia, es decir, de la relación entre población activa y la que por su edad no está en condiciones de trabajar. Es el llamado “bono demográfico” del que goza la región. Algunos estudios le adjudican a ese bono un peso significativo en la disminución de la pobreza, en la medida en que los hogares de la base de la pirámide tienen más perceptores de ingresos que los que tenían en promedio en la década de los noventa. No obstante, como señalan G. Binstock y M. Cerrutti en su capítulo “La población y la estructura social”, el otro fenómeno que acompaña la caída en la fecundidad y que también tendrá consecuencias en el futuro es el aumento de la esperanza de vida. La reducción en el número de niños y el aumento considerable de personas en la tercera edad implica un proceso general de envejecimiento de la población. El grupo de adultos mayores está cobrando una proporción creciente en

gran parte de los países de la región. De hecho, se estima que para 2050 la población latinoamericana crecerá a tasas cercanas a cero y que, por primera vez, la fracción adulta mayor será más grande que la juvenil.

Estas son, claro está, las tendencias generales. Las diferencias por país y por clase son significativas. Así, hay países donde el peso de los jóvenes seguirá siendo importante, y en otros también lo es el crecimiento demográfico; además de que, por supuesto, en cada nación hay diferencias por clase, género o zonas. La fecundidad es una de las dimensiones que pueden establecer distinciones. Sin embargo, algo que caracteriza a la región son las elevadas tasas de fecundidad entre adolescentes de bajos ingresos. El embarazo adolescente es una problemática extendida en toda América Latina.

¿Cómo se ubica la Argentina en este contexto? El proceso de urbanización fue intenso, y crecientes los movimientos interurbanos e intrametropolitanos, sobre todo en Buenos Aires. El capítulo citado señala la disminución de la fecundidad y la problemática del embarazo juvenil. El envejecimiento de la población, por su parte, comenzó antes que en otros países del continente. Un rasgo particular, destacado por las autoras, es el peso cada vez mayor de la problemática del cuidado. No es una preocupación sólo latinoamericana, sino de escala mundial; pero en la Argentina se conjuga un aumento de la tasa de participación femenina en sectores bajos, una tasa de fecundidad significativa y la ausencia de una estructura pública que dé respuesta a esta necesidad. Como demostró Faur (2010), el cuidado es una lente de mira privilegiada para observar la desigualdad entre los hogares y entre los sexos en nuestro país.

En cuanto al proceso migratorio, la población de América Latina todavía tiene una importante movilidad, tanto dentro de la región como hacia América del Norte y Europa. Esto lleva a que, en la mayoría de los países, el aumento total de la población sea algo menor al llamado crecimiento natural (generado sólo por la diferencia entre nacimientos y defunciones). ¿Qué ocurre en nuestro caso? Binstock y Cerrutti indican que la Argentina es el país de mayor atracción migratoria de la región, particularmente de inmigrantes de origen sudamericano, si bien no con la intensidad que tuvo la migración transatlántica de fines del siglo XIX y principios del XX. De todas formas, hoy en día el peso de esta población migrante es bajo en la estructura demográfica, aunque debido a su concentración en áreas específicas, su presencia resulta más intensa, como el área metropolitana.

Los arreglos familiares también cambiaron en la región. Hay más uniones de hecho, mayor diversidad en el tipo de familias, menor estabilidad

de las uniones, como producto de la creciente autonomía individual y una más tardía formación de pareja, así como de paternidad y maternidad. La Argentina también acompaña esas tendencias. Señalan las autoras que hoy son más frecuentes que en el pasado las familias con núcleos incompletos (es decir, constituidos con sólo uno de los padres, en general, la madre), las familias ensambladas (familias nuevas luego de una separación) y los hogares unipersonales. No se trata de fenómenos novedosos; en verdad, los años recientes muestran más bien su incremento, ya expuestos por E. Jelin en *Pan y afectos* (1998) o por C. Wainerman en *Vivir en familia* (1994). En ese libro, ante lo incipiente de estos procesos, se señalaba que no se debía a que las personas hubieran decidido no vivir en familia, sino que encontraban más plasticidad y libertad en la forma y en la duración que daban a esos tramos de vida compartida.

¿Qué sucedió con la América Latina urbana? Ya se plantearon ciertos rasgos de la movilidad entre las ciudades. El crecimiento de las urbes intermedias tiene un peso menor que en otras zonas; sin embargo, estos núcleos urbanos también conocen un desarrollo importante en la región. Asimismo, se registra como rasgo latinoamericano la tendencia a la formación de megalópolis. En efecto, un fenómeno propio de algunos países –entre ellos, la Argentina, al igual que Chile o Perú– es el mantenimiento de la primacía de su principal centro urbano. En otras palabras, el peso poblacional y, en consecuencia, económico y político de la urbe primada resulta muy importante en comparación con las ciudades restantes, a partir de distintas formas de medición. Nuestro país se caracterizó por dicha primacía y esto no ha cambiado. Por lo demás, las ciudades intermedias también conocen un crecimiento importante, proceso ya registrado hace décadas por Vapñarsky y Gorojovski (1990) y que M.-F. Prévôt-Schapira y S. Velut consignan en su capítulo “El sistema urbano y la metropolización”.

Como novedoso de este período, dicho capítulo destaca que en el último cuarto de siglo, a pesar de las relevantes transformaciones que tuvieron lugar en el país, se mantuvieron los grandes rasgos de las jerarquías urbanas. Los cambios se produjeron en las formas y las dinámicas de la urbanización. En particular, los autores señalan la confluencia de las demandas de las clases medias y altas con las estrategias de los grupos desarrolladores. De este modo, se extendieron los espacios metropolitanos, a la vez que se desdibujaron los límites entre el espacio urbano y el rural. En paralelo, crecieron los asentamientos populares en localizaciones próximas a los centros, así como en barrios relegados en periferias distantes, en zonas no apetecidas (aún) por el mercado inmobiliario.

Como mostramos (Kessler, 2014), el crecimiento económico y la mejora de la situación de los hogares, sumado a la falta de políticas activas de regulación de la tierra, derivó en un encarecimiento del suelo y la vivienda. Prévôt-Schapira y Velut coinciden al señalar que la reducción de las desigualdades de ingreso no significó la homogeneización de los espacios urbanos. Asimismo, como también registran los trabajos de otros países de América Latina, persisten formas agudas de segregación y fragmentación socioespacial.

El tercer capítulo, de Adriana Chazarreta y Germán Rosati, se centra en la estructura social rural, el ámbito donde sin duda se produjeron mayores transformaciones en las últimas décadas. Las discusiones en los estudios rurales latinoamericanos actuales se refieren en líneas generales a la cuestión de las formas del desarrollo capitalista en el campo. A estos procesos se los denominó de diversas maneras (“expansión del agronegocio” y “nueva ruralidad”) e integran una amplia diversidad de fenómenos y subprocesos. Uno de los tópicos centrales de este trabajo se refiere a la tenencia y distribución de la tierra: acumulación por desposesión, acaparamiento de tierra (*land grabbing*) y concentración de la propiedad. Además, se abordan los cambios de los sujetos que componen la estructura social agraria y que ponen en debate la función del campesinado y de pequeños productores, la expansión de grandes empresas agropecuarias y la situación de los pueblos originarios, entre otras cuestiones. Se analizan asimismo las transformaciones en el empleo asalariado asociadas al incremento de la flexibilización y la precarización laboral, a las formas de la pluriactividad y multiocupación y, por supuesto, a la actualidad de los procesos migratorios rurales-urbanos.

Uno de los conceptos que intentó dar cuenta de aquellos cambios relacionados con el neoliberalismo –en particular, la globalización de la producción agrícola en varios países– fue el de “nueva ruralidad”. En palabras de C. Kay (2009), se sugería la idea de una agricultura a dos velocidades: una más moderna, conectada a los circuitos internacionales de venta; y otra, tradicional, sometida a la competencia asimétrica de los mismos productos, pero subsidiados en algunos países. En esa nueva situación, se presentan cuatro tendencias, a saber: mayor presencia de actividades no agrícolas entre la población rural; flexibilización del trabajo rural con una participación creciente de mujeres en varios mercados; aumento de las interacciones entre campo y ciudad, en la medida del aumento de la población residente en las ciudades o pueblos cercanos, de manera que se accede así a servicios; y, finalmente, relevancia de la migración rural internacional provocada por los procesos de concen-

tración y expulsión territorial y, una de sus derivaciones, el peso de las remesas, es decir, el dinero que los migrantes envían a sus familias que quedaron en las comunidades de origen.

En el capítulo, asimismo, se analiza la composición de la producción agropecuaria argentina y los procesos de agriculturización-sojización, las formas de tenencia de la tierra y los sujetos que participan de dicha estructura, en las que las relaciones salariales son dominantes. Respecto de los rasgos que señala Kay, en la Argentina se dan sólo algunos de esos procesos, puntualmente, actividades no agrícolas combinadas con las rurales y flexibilización de las formas de contratación. En comparación con el contexto regional, no aparece todavía tan clara la mayor presencia de mujeres, como en otros países, y tampoco el peso de la migración internacional. En cuanto a las tendencias previas en el país, los autores esbozan hipótesis sobre una disminución continua de las explotaciones agropecuarias, que sigue afectando a las explotaciones de todas las dimensiones, sobre todo a las más pequeñas. A su vez, el aumento de la superficie ocupada por las explotaciones y el incremento del tamaño medio sería un indicador de la continuidad de los procesos de concentración de la producción y de crisis de la pequeña producción en la actualidad.

En resumen, todo parece indicar que la Argentina se inscribe, en líneas generales, en las tendencias demográficas, de configuración urbana y rural registradas a nivel regional. Por supuesto, en cada tema y en cada capítulo se señalan las particularidades locales. No parecería posible marcar puntos de inflexión muy evidentes respecto del período previo. Esto se debe, en gran medida, a la prolongación temporal de los distintos procesos. Pero también, y esta es una pregunta de los capítulos, porque muchos de estos temas y los desafíos que plantean no han sido necesariamente prioritarios para las políticas, o bien, en otros casos, las políticas aplicadas no han sido todavía capaces de producir los cambios deseados. Estas son, sin duda, algunas de las problemáticas que el libro quiere dejar planteadas.

LA ESTRUCTURA DE CLASES ACTUAL

Enzo Faletto (1993) realizó una cuidadosa revisión de los estudios de estratificación social en América Latina en la segunda mitad del siglo XX y anteriores al período neoliberal, reconstruyendo los distintos modos en que se abordó la estructura de clases desde los trabajos iniciales de Gino

Germani, Florestán Fernandes o José Medina Echevarría, y la forma en que se caracterizó a las clases en la región. Estos estudios tuvieron puntos de contacto, pero también diferencias. Así, se destaca la influencia de los trabajos de Germani en toda América Latina, quien se preguntaba por las particularidades del proceso de modernización al que se asistía en la región y consideraba que la estratificación expresaba las modalidades de dicho proceso.

Entre los rasgos peculiares, subraya el papel desempeñado por las elites oligárquicas regionales en los procesos de modernización. A diferencia del protagonismo de una nueva clase burguesa en los países centrales, fue una fracción de la antigua oligarquía la que en general llevó adelante la inserción internacional del modelo agroexportador a fines del siglo XIX. Una franja de esa misma elite histórica, junto con una nueva burguesía, protagonizaron luego en muchas naciones el proceso de industrialización por sustitución de importaciones. Otra particularidad consistió en la existencia de una naciente clase media, al principio muy ligada al Estado pero también al sector privado, que protagonizó alianzas en contra de las oligarquías. Por su parte, en un comienzo, en general el proletariado era débil en su organización, aunque creciente a partir del proceso de sustitución de importaciones, al igual que las clases medias. Germani señala también el rápido crecimiento de lo que constituirá un tema central en la región: grupos marginales, que serán estudiados asimismo como sector informal, un actor desde entonces insoslayable de todo cuadro de la realidad latinoamericana. Para autores de inspiración marxista, como Florestán Fernandes (1973), Faletto destacaba que, al no haberse producido un desarrollo capitalista interno en la región, no se podía hablar de una sociedad de clases en toda la estructura social, sino que persistían “categorías sociales” y relaciones precapitalistas, que no necesariamente constituían clases.

En relación con la Argentina, Germani realizó el primer cuadro de la estructura de clases moderna a partir de los datos censales de la primera mitad del siglo XX. Se enfrentó desde el principio al dilema de todo investigador: cómo construir una mirada sobre las clases a partir de los datos existentes. Para él, las clases son un

objeto con existencia sociológica, es decir, no [...] un mero nombre clasificatorio: se refiere a un conjunto de individuos que tienen ciertos elementos comunes que se manifiestan concretamente en sus maneras de pensar y obrar (Germani, [1955] 1987: 140).

Esos hechos “mentales” (como los denomina Germani) no están desencarnados y deben buscarse en criterios estructurales y psicosociales. Entre ellos, hay un “tipo de existencia” que caracteriza a las diferentes clases sociales y, en particular, asume que los distintos grupos de ocupaciones tienen formas comunes de vivir (vestimenta, vivienda, consumo), resultado no sólo de una posición similar en la estructura social, sino de tradiciones propias de cada grupo. Vemos así que, ante los dilemas de la delimitación de las clases, Germani –como nos recuerda M. Murmis (2010)– se centraba en categorías ocupacionales, jerarquizadas según una escala de prestigio que consideraba de existencia objetiva. En rigor, al no tener datos locales sobre esa escala de prestigio, teorizaba sobre ella para establecer un ordenamiento jerárquico. Asumía que la cercanía entre las ocupaciones permitía que un grupo de ellas se reuniera dentro de la misma clase social y, de hecho, consideraba a las clases como “zonas de la estructura social” donde la combinación de determinadas variables se da con mayor frecuencia estadística.

Como señala Murmis, el trabajo inicial de Germani permitió establecer las desigualdades al mostrar la situación de cada clase. Sin embargo, no se enfocó en la determinación de las relaciones entre clases, ni en los conflictos entre ellas. Pero, sin lugar a duda, el conjunto de su obra y de los primeros sociólogos que trabajaron en relación con él, entre ellos el propio M. Murmis, R. Sautu o G. Cucullu, contribuyeron a delinear la sociedad argentina de posguerra.

¿Cómo era esa sociedad? Según Sautu y otros,

hacia mediados del siglo XX (1960) la estructura social argentina se caracterizaba por tres rasgos que la diferenciaban del resto de los países de América Latina: i) su carácter abierto para la movilidad social ascendente desde la clase trabajadora, ii) la amplitud de la clase media y la clase trabajadora consolidada con niveles salariales relativamente más altos y amplio acceso a derechos sociales, y iii) un carácter más equitativo en cuanto a la distribución del ingreso (Sautu y otros, 2010).

De los estudios posteriores de la estructura social, resulta central la obra de Susana Torrado, cuyo hilo conductor es el impacto de los distintos modelos de acumulación en la estructura de clases y la movilidad social a lo largo del siglo XX. A modo de resumen (2010: 54-58), los principales rasgos de nuestra estructura fueron, entre otros, que antes de 1939, durante el desarrollo del modelo agroexportador, el perfil se trastocó

fundamentalmente y se apreció una expansión de los sectores medios. Estos se cuadruplicaron y debieron reclutar sectores populares, lo que generó una fuerte movilidad ascendente inter- e intrageneracional. Después de 1930, según la autora, la industrialización se orientó hacia la “estrategia justicialista” (1945-1955), centrada en la sustitución de bienes de consumo final. Esta estrategia fue distribucionista e incluyente de los sectores más desfavorecidos. En términos de movilidad social, hubo movilidad estructural ascendente de posiciones rurales a urbanas de sectores populares, y de sectores inferiores a superiores de clases medias, y no se detectó empleo precario o marginal. Respecto de la “estrategia desarrollista” (1958-1972), centrada en sustitución de bienes intermedios y de capital, que tuvo lugar a continuación, Torrado sugiere que fue marcadamente concentradora y excluyente. Desde el punto de vista ocupacional, presentó coexistencia de flujos de movilidad estructural ascendente y descendente, una caída de los ingresos de los sectores más bajos y una mejora de los medios altos y altos, y comenzó a detectarse empleo precario. Finalmente, el “modelo aperturista” (1976-2002) tuvo rasgos claros de desindustrialización, concentración y exclusión.

En efecto, el llamado “período neoliberal” fue un cambio radical en la Argentina y en toda la región. Si bien hubo particularidades en cada país, es posible señalar algunos rasgos comunes. Portes y Hoffman (2003) trazan un cuadro de la sociedad latinoamericana del período.³ En líneas generales, y con diferencias entre países, comparando con un trabajo propio previo de los años ochenta, estos autores señalan que hubo disminución del empleo público y del proletariado formal, formación de una clase de pequeños empresarios, en muchos casos nutrida por quienes se vieron expulsados del empleo formal y, en fin, un estancamiento o aumento del proletariado informal. En términos de ingreso, un rasgo compartido es el aumento de la distancia entre los ingresos de los sectores dominantes y el resto de la población. A su vez, destacaban que en algunos casos el trabajo por cuenta propia fue el recurso clave de ajuste ante la ausencia de empleos regulares, mientras que en otros se apeló al trabajo, remunerado o no, en microempresas y en el servicio doméstico.

³ Aunque no es exactamente comparable con los trabajos anteriores –ya que sus decisiones teóricas adoptan un esquema que podríamos llamar neomarxista, con una cantidad de variables mayor que los estudios clásicos–, permite establecer los contrastes.

Se trata de un panorama que no resulta ajeno para un lector o lectora argentinos. Numerosas investigaciones sobre ese período brindan suficientes pruebas de la magnitud y las aristas de la degradación social. Está demostrado el proceso de polarización social entre clases, la retracción del empleo industrial, el incremento de la precariedad y la inestabilidad laboral, del desempleo y la pobreza. Los sectores medios, a su vez, se vieron segmentados en una mínima parte que se enriqueció, una gran parte que descendió económicamente y otra que quedó sin grandes variaciones. Los sectores altos también experimentaron cambios, con una hibridación entre una vieja cúpula y los recién llegados. La crisis de 2001 y los años siguientes de conflicto y posterior recuperación dejaron a la Argentina de 2002 con indicadores inauditos en términos de desigualdad de ingresos y pobreza.

¿Qué sucedió con la estructura de clases en el período posneoliberal en América Latina? Una serie de trabajos en diferentes países y a escala general coinciden en la disminución de la desigualdad, el aumento del trabajo formal y la reducción de la mano de obra marginal, entre otros aspectos. Pero hay también una mirada crítica sobre cuánto y cuán sustentables fueron los cambios en la región. En rigor, no estamos seguros de si hubo necesariamente una reconfiguración, como sin duda existió en el período neoliberal. Tal realidad, claro está, cambia de acuerdo con el país. Pero lo cierto es que no tenemos a escala latinoamericana una investigación como la de Portes y Hoffman que elabore el cuadro general; por ahora sólo disponemos de ciertos estudios segmentados por país. Este es el desafío que enfrenta el capítulo de Gabriela Benza, “La estructura de clases argentina durante la década 2003-2013”, donde analiza la composición social posterior al período neoliberal. Benza retoma las perspectivas de Germani y Torrado, tanto por una decisión conceptual próxima a la de dichos autores como por la posibilidad de garantizar comparabilidad, sobre todo con el período previo. Por tal motivo, vale la pena retomar una síntesis de Torrado (2010) sobre la mutación radical que produjo el “modelo aperturista” de 1976-2002. En primer lugar, el crecimiento del empleo urbano fue más lento que en el pasado; la expansión de la clase media favoreció entonces más a su estrato autónomo (pequeños productores, cuentapropistas), mientras que la clase media asalariada creció menos que en otros momentos y, en fin, la clase obrera autónoma fue el estrato de más alto crecimiento, que se tradujo en la expansión del empleo informal, precario y un estrato marginal. Este último se nutrió de asalariados que perdieron sus puestos. En resumen, la autora concluye que,

desde el punto de vista ocupacional, el balance del modelo aperturista es de preeminencia de movilidad estructural descendente, intra- e intergeneracional. A su vez, desde el punto de vista de los ingresos, la movilidad experimentada en todos los estratos de clase obrera y en la mayor parte de los de clase media fue abruptamente descendente, implicando un proceso de pauperización absoluta y de pauperización relativa, de carácter inédito en la historia argentina reciente (Torrado, 2010: 56).

¿Hay una estructura social diferente a la retratada por Susana Torrado en el período que nos ocupa? Gabriela Benza muestra contrastes con ese período anterior. En particular, fue notoria la contracción, absoluta y relativa, de los grupos no calificados y marginales de sectores populares, acompañada por un importante incremento de las posiciones ubicadas en la parte intermedia de la estructura. Estas tendencias marcaron un quiebre en el proceso de polarización de la “oferta” de posiciones de clase de los años noventa, y es posible que, en sí mismas, hayan significado mejoras en el plano del bienestar material, en tanto los grupos intermedios que se expandieron están asociados a mejores condiciones de trabajo e ingresos que los grupos que se redujeron, entre otros hallazgos que presenta su capítulo.

Cabe agregar que la persistencia de perspectivas en torno a la estructura social heredadas del pasado y, en particular, esta asociación entre clases y determinadas ocupaciones no están ajenas a debates. Hace más de una década acuñamos la noción de “movilidad espuria” para dar cuenta de un proceso mediante el cual se producía movilidad ocupacional ascendente desde posiciones de menor prestigio a otras de mayor consideración, pero cuyos beneficios eran evaluados por quienes las experimentaban como inferiores a los de la posición previa, ya fuera por tener ingresos más bajos o por ser más inestables. “Subo, pero bajo”, nos comentaba en los años noventa, en nuestro estudio sobre nuevos pobres, una maestra que rememoraba su infancia como hija de obreros calificados. De hecho, la discusión sobre la relación entre categoría ocupacional y clase social está cobrando intensidad en la región. En un trabajo que revisa críticamente las encuestas de movilidad social en América Latina, F. Torche (2014) destaca una aparente paradoja en nuestra región, en línea con nuestra noción de movilidad espuria. La autora sostiene que, por un lado, las evidencias empíricas correlacionan desigualdad con baja movilidad social. Por lo cual, la movilidad debería ser menor en América Latina que en los países industrializados. Cuando se observa movilidad

económica –es decir, al tomar indicadores de ingresos, movilidad educativa e igualdad de oportunidades–, esta hipótesis se corrobora. Sin embargo, cuando se mide movilidad de clases a partir de las ocupaciones, la situación es distinta. La fluidez de clases, encuentra Torche, no es menor en América Latina que en otras regiones; sin embargo, la movilidad medida por los otros factores muestra diferentes comportamientos. En otras palabras, hay movilidad de clase si nos ajustamos a su medida por las ocupaciones, pero esto no implica necesariamente movilidad en términos de mejores condiciones de vida, ingresos, oportunidades, entre otras dimensiones. En resumen, resulta cada vez más necesario sumar a la categoría ocupacional otras variables que definan la posición de clase. Para autores como Torche, se trata de revisar de raíz la forma en que dichas ocupaciones son clasificadas en nuestra región.

Como indicamos, este volumen toma como punto de partida la necesidad de mantener modos de medir y conceptualizar que nos permitan comparar con el pasado. A su vez, se trata también de sumar otras miradas para dar cuenta de la complejidad de la situación y de los problemas ya señalados. Por ello, el lector encontrará que los trabajos sobre sectores populares, medios y altos comparten como idea central la perspectiva adoptada en el capítulo de Gabriela Benza, pero con decisiones teóricas y metodológicas propias.

En relación con los sectores populares, notamos en América Latina cierta continuidad de las discusiones históricas, con algunos aspectos nuevos. Por un lado, la pregunta sobre las situaciones de pobreza, exclusión y un mayor acento en la problemática de la segregación socioespacial sigue ocupando el centro del debate regional. No obstante, la expansión de los programas de transferencias condicionadas como la Asignación Universal por Hijo (AUH) –así llamada en la Argentina, pero que cuenta con otras asignaciones similares en prácticamente toda la región, que sumaron en 2011 más de ciento treinta millones de beneficiarios (Salazar, 2014)– introdujeron nuevas preguntas.

De este modo, encontramos estudios sobre las condicionalidades, sobre la carga de las mujeres para cubrirlas o sobre los impactos en términos tanto de bienestar como de subjetividades de dichos programas. Este tipo de relevamiento se realizó a lo largo y ancho del continente, pero con fuerte presencia en países como México, donde el Programa Progres-Oportunidades (hoy rebautizado Prospera) fue objeto de múltiples investigaciones.

Por otro lado, la denominada “rerregularización de las relaciones laborales”, es decir, la recuperación de ciertas instituciones como las nego-

ciaciones colectivas o los consejos de salario mínimo y la llamada “revitalización sindical”, en particular en el Cono Sur, reintroducen preguntas sobre los trabajadores formales e informales. Dentro de esto, estudios interesantes se centran en franjas sobreexplotadas del mundo laboral: desde investigaciones sobre las maquilas en América Central y México, hasta los estudios sobre el sector servicios en *call centers* o supermercados en nuestro país. Pero no parece existir –como veremos en el caso de la clase media– un trabajo de reconceptualización del significado actual de los sectores populares.

P. Semán y C. Ferraudi Curto, en su capítulo “Los sectores populares”, parten de considerar esas franjas sociales en toda su heterogeneidad y de cómo entender esta última. Recusan la tendencia a una mirada que, propia del período neoliberal, se centró sólo en los problemas de pobreza. Así, describen procesos de mediano plazo que llevaron a la configuración actual de los sectores populares. Sustentan la hipótesis de que el nuevo período, lejos de mostrar mayor cohesión interna de esos sectores, estaría señalando una continuidad o aún una mayor fractura interna que en el pasado reciente. Esto se traduce, en términos políticos y organizacionales, en un núcleo particular de organizaciones (y demandas) que marcan y quizá profundizan la fractura entre lo que llaman, retomando a N. Elias y J. Scotson (1994), los establecidos y los marginales. Los autores del capítulo plantean la hipótesis de una heterogeneidad de las clases populares tanto en el plano sociodemográfico como en el de la agregación sociopolítica. En relación con la temporalidad de los procesos, la segunda hipótesis es que en este período aparece en los sectores populares la sedimentación de procesos sociopolíticos como la territorialización, la sindicalización o la estatalización, es decir, la recobrada presencia del Estado en la vida cotidiana de los sectores populares.

A continuación, Ruth Sautu se centra en las clases medias, en su capítulo “La formación y la actualidad de la clase media argentina”. Este tema gozó de una enorme presencia en la región en la última década. Las clases medias fueron el sujeto social que encarnó el gran optimismo despertado por el posneoliberalismo. Clases medias emergentes, nuevas clases medias, clases medias aspiracionales y divergentes fueron algunos de los tópicos con que se presentaba un sujeto –si bien no novedoso, al menos sí– en rápida expansión y con una renovada misión histórica: contribuir al cierre de la brecha entre la elite y la base y, por ese camino, a la cohesión social de sus naciones (Bárcena y Serra, 2010). El debate pasó del campo académico al terreno mediático y, por lo tanto, al de la opinión pública, en particular en Brasil, donde la idea de ser un país de

clase media pareció (por poco tiempo) cumplir el ansiado anhelo de dejar atrás un pasado de desigualdad persistente.

En rigor, en la región hubo dos debates que de algún modo se dieron en paralelo. De un lado, en la economía. Para los organismos internacionales, la emergencia de una nueva clase media era el indicador de la disminución de la desigualdad en la región (Ferreira y otros, 2013). Se contabilizaron por millones los latinoamericanos que en distintos países, pero sobre todo en Brasil, pasaron a engrosar los sectores medios. Como Scalón y Salata (2012), una parte de los estudios brasileños negó tal fenómeno: su crítica se basó en la forma en que se medía esta supuesta clase media y en la necesidad de incluir el acceso a bienes colectivos, como infraestructura, seguridad o buena salud y educación. En otras palabras, clases medias que tenían acceso al consumo individual, pero seguían careciendo de mejoras en los servicios de salud, educación, seguridad y transporte urbano. Parte de los estudios de los economistas se dirigió a refinar los modos de mensurar esas nuevas clases medias (Cruces y otros, 2010). Pero, en líneas generales, las definiciones que encontramos en estos trabajos se vinculan con la distancia de ingresos con los sectores bajos y con la menor probabilidad de caer en la pobreza. Sin embargo, no todo fue optimismo: algunas investigaciones alertan sobre la existencia de una franja de clase media a la que llaman “luchadores”, muy cercana a los sectores pobres y, por ende, con probabilidad de caer en la pobreza en un ciclo económico regresivo (Birsdall, Lustig y Meyer, 2014).

Por su parte, los estudios sociológicos en general acordaron con los economistas respecto del incremento de la clase media, pero se diferenciaron sustancialmente en cuanto a mantener la ocupación como requisito central a la hora de definirla. Intentaron, eso sí, incluir otras variables, como los ingresos y el consumo. Así, se habló de una clase media que incrementó su heterogeneidad interna, definida como “aspiracional” por el acceso a mayor consumo, producto del abaratamiento de bienes y de mayor crédito (Franco, Hopenhayn y León, 2011).

La mirada política sobre la clase media constituyó otra de las líneas de debate. Se teme su descontento, sobre todo porque esas personas perciben que pagan impuestos crecientes, pero no acceden a los servicios públicos –por su baja calidad o carencia–. Una suerte de “rebelión de clases medias” frente a los gobiernos posneoliberales es un tema que surgió en Brasil y se extendió a otros países. Por este motivo, se acusó de desagradecidos a esos sectores: hijos del *boom* posneoliberal, pero sin lealtad política a los gobiernos que los hicieron nacer. Los trabajos sobre Chile señalaban también las demandas que los nuevos

gobiernos pueden enfrentar, además de la educación, por el descontento de estas nuevas clases medias (Larrañaga, 2013). Dentro de este debate, Arellano Cueva (2010) encontró en México, Brasil y Perú lo que llamó una “nueva clase media divergente”, puesto que abandonó los patrones similares de la clase media tradicional que, se supondría, tendría como grupo de referencia a la clase alta. Asimismo, estas nuevas clases medias, provenientes de las migraciones rurales y urbanas de los años sesenta a ochenta, según el autor, tendrían una relación conflictiva con el Estado. Al fin y al cabo, durante décadas se sintieron abandonadas por este pero, cuando lograron su ascenso social, lo atribuyeron sobre todo a sus propios méritos y no al apoyo derivado de la acción del Estado. Este debate, en rigor, tuvo muy poca repercusión en la Argentina. Las claves de nuestra mirada sobre las clases medias tenían una historia intelectual –y estructural, diría– muy diferente. En primer lugar, el peso cuantitativo y hasta político-cultural de esos sectores sociales es de larga data, por lo cual la idea de una clase media emergente no existió en la Argentina de los años noventa. Nuestros debates fueron sobre el empobrecimiento de los sectores medios, desde la década de 1980 en adelante, y las estrategias de segregación de los grupos en ascenso. Otra serie de trabajos, como los de C. Arizaga y A. Wortman (2003), se concentraron en sus consumos culturales. En los últimos años, en particular en los trabajos de investigadores como E. Adamovsky, S. Visacovsky y P. Vargas (2015), entre otros, hubo nuevos cruces entre historia y antropología para estudiar a los sectores medios. En este sentido, fue significativo el libro de E. Adamovsky (2009) sobre la historia de la clase media, con una definición que le adjudicaba a la categoría un peso performativo: la clase media es una categoría que se construye en su enunciación.

Ruth Sautu propone una mirada original a partir de dos ejes. El primero establece la imbricación de la estructura económica y los procesos de desarrollo económico-tecnológico con la estructura de clase y la conformación de, en este caso, la clase media argentina. El segundo establece la distinción ontológica entre la clase social y el estilo de vida. Así, se enfoca en el análisis de la composición del sector medio en tanto clase y en la construcción colectiva de patrones de comportamiento y modelos culturales prevalentes en la sociedad como característicos de esa clase. Inserción estructural y estilos de vida son, entonces, las dos dimensiones que utiliza para marcar el recorrido de las clases medias. De este modo, da cuenta de los procesos de diferenciación y los cambios en sus valores y estilos de vida dentro de esos sectores en las últimas décadas.

Mariana Heredia se dedica, por su parte, a la elite y los sectores altos en su capítulo “Las clases altas y la experiencia del mercado”. Si la clase media se constituyó en el gran tema de estudio de la última década, las elites y las clases altas fueron, desde ya hace tiempo, los objetos de examen con más vacancia y necesidad de nuevos enfoques. La perdurabilidad y concentración de las elites es un rasgo de larga data en nuestra región. De hecho, como señalaron Hoffman y Centeno (2003), si no se tomara en cuenta en la medición al 10% más rico, la distribución del ingreso en América Latina sería similar a la de los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). Pero como siempre ocurrió, las clases altas son de difícil acceso para su estudio. Las encuestas de ingresos no captan su realidad, no se pregunta por su patrimonio o subdeclaran sus ingresos, y no siempre son asequibles para los trabajos cualitativos o etnográficos.

En los últimos años, una serie de investigaciones inspiradas en la obra de Thomas Piketty –su mirada sobre los “superricos” y su concentración patrimonial– mostró que el 1% en países como la Argentina, Chile y Colombia se apropia de un 25-30% de la riqueza. Así, por ejemplo, en el caso de Chile el 10% concentra el 30%; 0,1%, el 17% y 0,01%, el 10% (López, Figueroa y Gutiérrez, 2013). Por su parte, también trabajos de Brasil realizan una corrección en la forma de medición y, en su discusión metodológica, cuestionan –como lo hacen Medeiros, Ferreira de Souza y Avila de Castro (2015)– que entre 2006 y 2012 haya disminuido la desigualdad: según su hallazgo, hubo crecimiento económico, pero los ricos se beneficiaron con él. En definitiva, se trata de un debate central: ¿cuánto puede decirse que ha cambiado una sociedad si las elites son las que han ganado más en el cambio de época?

La permeabilidad de las elites se constituyó en una cuestión clásica. Ya Graciarena y Franco (1981) se preguntaban por las relaciones entre una vieja oligarquía y una nueva elite burguesa en América Latina. Estudios de los años sesenta señalaban el comienzo de una hibridación entre la vieja oligarquía y una nueva alta burguesía. La pregunta se mantiene, con respuestas distintas dependiendo de los países. Otro aspecto que despertó fuerte interés en la región es el de las estrategias educativas de las elites. Los resultados son disímiles, muestran que se aprovechan de los recursos de las escuelas aplicando su poder, pero también que la educación no es una variable central para explicar la existencia de ese sector social. En efecto, no son necesariamente los diplomas, sino otros los activos –a los que Torche y Spillerman (2006) llaman “activos informales”– que explican la transmisión intergeneracional de la clase alta.

Mariana Heredia retoma estas y otras preguntas. Como se mencionó, a diferencia de los países capitalistas centrales donde una nueva clase protagonizó el pasaje a la industrialización, en América Latina hubo más continuidad entre una oligarquía o una fracción de ella que supo diversificarse. Este proceso no es tan ajeno al relato local sobre las elites, cuya capacidad de diversificación es un rasgo señalado por trabajos previos. En tal sentido, la autora encuentra una característica que ratifica la perdurabilidad de las elites desde los años sesenta: su relativa autonomía con respecto a la suerte política y económica del conjunto. Al fin de cuentas –nos dice–, en momentos de prosperidad, ganaron quienes lograron ubicarse en los deciles superiores; en tiempos de recesión, consolidaron sus beneficios. Quizá lo más significativo sea, en sintonía con lo que encuentran otros estudios de la región, que las políticas implementadas desde 2003 no afectaron sustantivamente ni la composición ni las prácticas de las clases más altas. No se revirtió la concentración y extranjerización de la propiedad, ni se establecieron mayores restricciones a las recompensas otorgadas a los altos ejecutivos. Al mismo tiempo, lejos de atenuarse, los niveles de segregación residencial y privatización de los consumos se agudizaron.

En resumen, estos cuatro capítulos retratan la estructura de clases actual, comparan con la situación en el pasado y discuten los criterios para su demarcación. Las formas de estudiar cada clase social nos llevan a la pregunta sobre la posibilidad de mantener criterios generales para una demarcación relacional en la línea de los estudios más clásicos de estratificación: la determinación de criterios generales y mantenidos en el tiempo, de modo de garantizar la comparabilidad cronológica y con otros países; y que, a la vez, el estudio de cada clase pueda apelar a una serie de decisiones teóricas y metodológicas, que no necesariamente coincidan entre sí, pero que se revelen como las más fecundas para su análisis particular.

CONSUMO, CONFLICTO Y DISCRIMINACIÓN EN CLAVE DE ESTRUCTURA SOCIAL

Como adelantamos, en nuestra mirada sobre la estructura social incorporamos algunos temas que están en el debate público y que planteamos en relación con la estructura de clase. Entre otros posibles, elegimos consumo, conflicto y acción colectiva, y discriminación.

Con respecto al consumo, hace décadas que ganó legitimidad como objeto de la sociología: sólo basta mencionar los trabajos de Pierre Bourdieu o Mary Douglas. Sin embargo, esa legitimidad siempre estuvo bajo sospecha: “consumo” suena a “consumismo”, una descalificación moral. A modo de ejemplo reciente, las nuevas clases medias fueron moralmente juzgadas por una propensión al consumo individual, y los gobiernos, por favorecerlo en lugar de impulsar la inversión en bienes colectivos. Pero también fue uno de los estandartes de la idea de la nueva clase media y de la mejora de los sectores populares. La “democratización del consumo” tendría una doble cara: el abaratamiento de bienes posibilita el acceso de los más pobres y, en un sentido más discutible, la suposición de que esto sea un vector de la democratización de la sociedad.

En la Argentina, el fenómeno del incremento del consumo es una marca de la última década. En “Salir a comprar. El consumo y la estructura social en la Argentina reciente”, Carla del Cueto y Mariana Luzzi se preguntan cómo impacta en una sociedad un período de crecimiento sostenido del consumo. En particular, si cambian las relaciones entre los grupos sociales y los modos en que cada uno de ellos se percibe a sí mismo, así como su lugar en la sociedad. Su pregunta es doble: sobre qué consumen distintos grupos y cómo esos consumos repercuten en las configuraciones de nuevas delimitaciones e identificaciones de clase. Las autoras remarcan que, a diferencia de otros países, donde el consumo aparece como un vector de movilidad social, en la Argentina no hubo una asociación entre mayor participación en el consumo y movilidad social ascendente. En otros términos, si el aumento de los ingresos permitió la democratización del consumo de ciertos bienes, esto no significa necesariamente que se hayan modificado las fronteras entre las clases, a las cuales en algún momento esos bienes contribuían a hacer visibles.

A continuación, en “La estructura social y la movilización. Conflictos políticos y demandas sociales”, Sebastián Pereyra se ocupa de la cuestión de los conflictos y la acción colectiva en relación con las distintas clases. En América Latina, la temporalidad que demanda la acción colectiva parece presentar particularidades: no sigue el punto de inflexión entre neoliberalismo y posneoliberalismo, al menos no en todos los países de la región. En primer lugar, hay una continuidad en los movimientos; en varios casos sus demandas no se vieron resueltas por gobiernos posneoliberales o, en otros, como México y América Central, la idea de posneoliberalismo no tiene sentido debido al signo político de sus gobiernos.

En un balance reciente sobre los movimientos sociales en América Latina (Almeida y Cordero Ulate, 2015), se señala una serie de características de los últimos veinticinco años, que a continuación retomamos. En términos generales, el eje común a una variedad enorme de movimientos y actores podrían ser las amenazas que la globalización imponía a distintos sectores de cada país. Tales riesgos fueron, en primer lugar, económicos y en relación con las condiciones de vida, y luego, los de tipo más bien ambiental. En casi todos los países, el neoliberalismo implicó un debilitamiento de las redes sociales existentes. Gran parte de las movilizaciones tuvieron ejes compartidos en cuanto a la reducción del gasto en salud, la educación, las privatizaciones o el desempleo. De hecho, el movimiento paradigmático, el levantamiento de Chiapas en 1994, acaecido el día de entrada en vigor del NAFTA, mostró –señalan los autores– un rápido cambio de una guerrilla tradicional a un nuevo movimiento social con alianzas entre distintos actores y transnacionalización. La democratización implicó también que disminuyera el temor de los movimientos a expresar sus demandas y una mayor permeabilidad de los gobiernos. Por eso, consideramos que, en cierta medida, no se puede entender el posneoliberalismo sin el resultado del movimiento democratizador previo, de la presión por la incorporación social gestada décadas antes.

Los actores –señalan en este texto Almeida y Cordero Ulate– fueron algunos menos tradicionales, como las organizaciones ambientales, indígenas, gays-lesbianas y feministas o estudiantes, y otros más tradicionales, como los sindicatos. Uno de los rasgos propios más destacados de esta época es la creciente transnacionalización de los movimientos, particularmente presente en temas ambientales y laborales, y en la creación de instancias latinoamericanas como el Foro Social Mundial (de alcance internacional, pero con mucho peso en la región) o el Foro Mesoamericano.

¿Cómo entender la relación de los gobiernos posneoliberales con estos movimientos y acciones colectivas? A modo de síntesis, podríamos suponer que en parte son producto de esta movilización; que, una vez en el poder, las relaciones son más complejas, en medio de la colaboración, la cooptación, las fracturas y la emergencias de nuevos movimientos. En este marco se encuentra la pregunta de Pereyra. Una particularidad argentina es que el cambio de período tuvo un impacto significativo en la acción colectiva. La vuelta a la “normalización” disminuyó la conflictividad social previa, revitalizó ciertos actores, como los movimientos de derechos humanos, y vio surgir o fortalecerse otros, tales como los ambientales. Pereyra plantea si es posible adjudicar un tipo de conflictivi-

dad propia a cada grupo social y si dichos conflictos y acción colectiva contribuyeron a configurar actores sociales novedosos en estos diez años. Llega a la conclusión de que los conflictos y las protestas recientes no dieron lugar a la constitución de actores colectivos, como ocurrió en décadas anteriores con los movimientos de derechos humanos o piqueteros. En cambio, verifica que el recurso a la protesta es utilizado por grupos sociales bien diversos. Es decir que se puede sostener que hubo una extensión de los recursos de acción colectiva hacia distintas clases, antes que considerar que eran dichos recursos y acciones los que definían a ciertos sectores.

En el último capítulo, “La discriminación, la diversidad social y la estructura en la Argentina”, Mario Pecheny analiza la cuestión de la diversidad y la discriminación, en particular en relación con género y sexualidades. Ese interrogante se enmarca en un debate latinoamericano cuyos rasgos generales sintetizan Pecheny y De la Dehesa (2011). Estos autores afirman que en los años ochenta y noventa se asistió al surgimiento de un gran protagonismo político por parte de las mujeres en la región, liderando las organizaciones de derechos humanos y de resistencia en un principio, luego con demandas más específicamente feministas, como las cuotas de sexo en la representación política. En los años noventa y dos mil, agregan, se abrieron a nuevos actores y cuestiones. Los viejos movimientos de liberación homosexual reaparecieron renovados y diversificados como movimientos gays y lésbicos, y luego Lesbianas, Gays, Bisexuales y personas Transgénero (LGBT), en un contexto centrado en la epidemia de VIH/sida. En el marco de este núcleo relacionado con la salud y los derechos reproductivos, los movimientos feministas y de mujeres consolidaron con el paso del tiempo una posición común frente a varios temas, entre ellos, el aborto. Más tarde surgieron los movimientos travestis y transexuales, que incorporaron no sólo nuevas demandas de reconocimiento y derecho, sino un cuestionamiento sobre las formas de construcción y demarcación de los géneros. En los últimos años, señalan los autores, se profundizó la interseccionalidad entre varios ejes –clase, etnia, localización geográfica–, imposibles de soslayar.

Pecheny y De la Dehesa nos dejan una pregunta básica para una mirada desde la estructura social: en qué medida el contexto de despolitización, reforma neoliberal y ajuste determinó las condiciones de lucha política en torno a los derechos sexuales y reproductivos. Por otro lado, dicen también, hay en el neopopulismo una recuperación de derechos sexuales en movimientos sociales y presencia de temas de género y diversidad en movimientos indígenas y campesinos.

Desde nuestra mirada, hay aún una serie de preguntas no respondidas cabalmente en el contexto latinoamericano en la relación entre diversidad y desigualdad. Una de ellas es si la agenda de diversidad y el avance en formas de acción afirmativa o de derechos de grupos como afrodescendientes, población originaria o minorías sexuales están impactando en la estructura social, en función de una disminución de la desigualdad. En realidad, ciertos estudios, en especial sobre Brasil, muestran que se avanzó más en la distribución de años de educación (no necesariamente de calidad educativa) y de salud más que en la de ingresos. En su capítulo, Pecheny propone adoptar una perspectiva estructural sobre la discriminación y la diversidad social en relación con el cuerpo (diversidad corporal: sexual, de género, étnico-racial, etc.) a partir de tres interrogantes: ¿de qué manera la estructura social, concebida en tanto estructura de relaciones sociales, económicas y demográficas, determina la diversidad corporal? ¿De qué forma la diversidad corporal es estructural en el sentido de determinar una serie de chances vitales, de probabilidades de acceder a bienes y servicios, a recursos, a posibilidades de movilidad social ascendente? ¿Cómo puede estudiarse sociológicamente, con qué metodologías y técnicas, la diversidad social en perspectiva estructural? El planteo pone en relación temas de estructura social, puesto que, en su perspectiva, los factores sociales no son externos a cualquier fenómeno sexual o corporal, en apariencia biológico o psicológico, sino que determinan o provocan el fenómeno en cuestión. Afirma que, en la Argentina, no parece haberse hecho el esfuerzo suficiente por explicar cuánto y cómo las desigualdades socioeconómicas determinan las condiciones para vivir la diversidad corporal, a través de qué procesos y mecanismos, con qué resistencias y complicidades. Su propuesta apunta a superar estas limitaciones, ofreciendo un novedoso marco para estudiar las diversidades.

Presentamos el recorrido que este volumen propone para contribuir a caracterizar la sociedad argentina de hoy. Por supuesto, ni todos los temas ni todas las visiones sobre cada uno de ellos están en estas páginas, pero confiamos en que los lectores tendrán un panorama de las principales dimensiones y su comparación con el pasado reciente, así como con lo que sucede en nuestra región. A modo de cierre, quisiéramos dejar planteadas algunas cuestiones. La primera, sin duda, es que la sociedad cambió en algunos aspectos y no en otros: es posible que todavía sea temprano para establecer conclusiones respecto de muchos procesos; otros siguen mutando a la luz de los cambios políticos y de la estrategia

económica presente. Queda más claro que las tendencias demográficas, urbanas y rurales siguen procesos previos a nuestro período, si bien con algunos cambios. Que la estructura de clase es, desde luego, más permeable a los cambios de estrategia económica, pero algunos rasgos de larga data, como la situación de las elites, no parecen fáciles de modificar. En los temas novedosos que se incluyen, es necesario continuar la indagación sobre sus intersecciones con la estructura social en general: la articulación de otros aspectos con preguntas sobre la estructura social resulta sin duda un recorrido necesario e interesante.

Están pendientes muchos temas y desafíos, entre ellos, seguir investigando lo que sucede en otras áreas del país, distintas a las grandes zonas metropolitanas como Buenos Aires. Nos queda la impresión de que, si bien hay cada vez más estudios en diferentes regiones, todavía nuestra mirada sobre la sociedad argentina precisa incorporar más lo que sucede en ciudades intermedias y pequeñas, en pueblos y en la zona rural. En segundo lugar, dejamos planteada la necesidad de seguir indagando si nuestras categorías permiten captar la estructura social de clases actual. Las discusiones sobre la relación entre clases y categoría ocupacional es uno de los debates principales, pero con seguridad se podrían realizar cuestionamientos similares en otros temas.

Por último, presente también en este volumen está la relación entre políticas y estructura social. En cada caso será distinto el impacto de las políticas en la dimensión estudiada. En muchas, se verá que la incidencia fue mínima o nula, al no haber sido objeto de reflexión o intervención por parte del Estado. Los cambios políticos sin duda influirán en la estructura social, como ya ocurrió en el pasado; en algunas más que en otras. Esta compilación, además, quiere contribuir al planteo de una serie de problemáticas en cada tema para su discusión política. Al intentar devolver a la sociedad una imagen de sí misma, tratamos asimismo de aportar al debate social sobre las prioridades, las dificultades y los rumbos que los distintos grupos de la sociedad desean construir en el futuro.

Este libro y el proyecto en el que se enmarca fue ideado por la Fundación OSDE. Agradezco que me hayan convocado, el trabajo constante, las sugerencias y la excelente disposición en cada una de las etapas de edición. Desde un principio confiaron en mí y creyeron en este proyecto y en la necesidad del aporte de nuevas miradas sobre la Argentina actual, de la realización de una obra que, sin perder en profundidad y complejidad, sea accesible al mayor número posible de lectores. Gracias especialmente a Tomás Sánchez de Bustamante, Omar Bagnoli, Florencia Badaracco y Yanina Costa, con quienes conformamos realmente un

equipo para llevar adelante este trabajo. Un profundo agradecimiento también a cada uno de los autores y autoras de los capítulos, por la gran labor que han hecho. Cada quien tomó a su cargo la responsabilidad de pensar, indagar y escribir sobre alguna dimensión de la estructura social. Todos han sido sumamente generosos con su tiempo, pacientes con mis sugerencias y abiertos a colaborar, leer y comentar los capítulos de los otros colegas.

GABRIEL KESSLER
enero de 2016